

## UNA EXCURSIÓN FALLIDA

Hoy tocaba playa, pero la excursión ha resultado un chasco para mí. Debí quedarme en el hotel. He estado todo el día inquieto, con desasosiego, sin atender a mis compañeros, ni preocuparme de si el agua estaba bien o no, ni de los bañadores y sus ocupantes. Y todo por culpa de la carta que encontré en el banco donde fui a sentarme al salir del mercado de verduras. Me preocupó la confesión de aquel muchacho contando el fracaso de su emigración en busca de “un mundo mejor”. Luego, por la noche, en el balcón de mi habitación, mientras contemplaba la tranquilidad de la noche, descubrí un grupo de muchachos hablando en el parque, y pensé que tal vez estaban preparando un viaje a lo desconocido para encontrar un futuro mejor. Fui cobarde, debí bajar y mostrarles la carta de otro muchacho como ellos, (tal vez le conocían) y hacerles desistir de aquella desgraciada aventura, pero no lo hice, y ahora no puedo dejar de pensar en ello.

Pero, ¿qué se puede hacer? Las circunstancias adversas que están viviendo, casi les obliga a ello. Sin embargo alguien debería advertirles de que aquella no era una buena solución. Pero, ¿cuál era la buena? ¿Quedarse allí y repartirse el hambre? Esto no puede seducir a los jóvenes. Ellos quieren, y tienen derecho, a un futuro más seguro que les garantice que su vida no va a pasar desapercibida, que sus esfuerzos van a ser inútiles para tener una vida decente, que no encuentran su lugar en esta sociedad. Y me pone triste. Me espera otra noche de maldormir, y mañana vamos a la montaña.



Me despierto. No sé cuánto he dormido, he perdido la noción del tiempo. Para aplacar los nervios que me atenazan el estómago busco en el mueble bar algo de beber. Una tónica está bien. Ayer la playa pasó por mí

sin pena ni gloria. Salgo al balcón y me recuesto en la hamaca. Hay un silencio relajante y un cielo tachonado de puntos brillantes. Cierro los ojos y deslizo por aquel manto de lentejuelas. Añoro una playa de aguas limpias y fina arena bajo un cielo azul y un sol amable. Tal vez el paisaje verde de un monte en sazón tampoco estaría mal. Unos labios rojos. Unos ojos negros, negros como el pozo donde parece que me estoy sumergiendo. Desde el parque me llega la conversación del grupo de jóvenes:

Uno de ellos dice llamarse Casimiro. (A mí me suena así) Dice ser de un pueblo pequeño en la zona sur del país. Se había ocupado en el pastoreo de vacas. Cada mañana, de madrugada, hiciese frío o calor, llueva, nieve, o hiciese un sol de justicia, salía con las vacas camino de los pastos donde pasaba el día, solo, y sin tener contacto con humano alguno, domingos, festivos, y días entre semana. Antes, tal vez porque no conocía otra cosa, estaba conforme con aquella vida. Vino un cambio y a aquellos pueblos perdidos llegó la televisión, y con ella cambió su perspectiva de la vida. La publicidad, las películas extranjeras, las series, los culebrones, descubrieron una forma distinta de vida más adecuada para un joven como él. Desde entonces la vida en el campo se le hizo insostenible. Pero lo que fue definitivo es el regreso al pueblo de su amigo Pedro. Hace dos años que marchó a la emigración, y desde entonces nadie había vuelto a saber de él. Ahora ha vuelto bien vestido, peinado “a la última”, y con dinero para gastar en el bolsillo.

Un día le acompañó a los pastos con las vacas. Sentados bajo los pinos mientras el ganado pastaba, le contó cómo era la vida en aquel país donde ahora vivía. Encontró trabajo en un establecimiento hotelero en la costa. Los turistas medio desnudos tomando el sol, el bullicio en las terrazas, el lujo en los hoteles, las discotecas, la ropa limpia cada día, la ducha, la comida, en fin una forma de vida igual a la que veía en la tele y que él creía que era cosa del cine y que no era de verdad.

.- ¡Aquello sí es vida!

.- ¡Pedro, me marchó contigo!

Desde entonces está planeando la manera de viajar al lugar donde vive su amigo. No es fácil, es menor de edad y no tiene dinero para el billete, pero su decisión de viajar es inquebrantable. ¡Se marchará!

Vuelvo a la cama vencido por el sueño y la desazón de tanta fantasear.

No puedo calmar la inquietud que siento por lo que está pasando con los jóvenes en este lugar donde he venido en viaje de turismo, y que en vez de ocuparme en aburrirme visitando lugares de interés a paso ligero, (no nos dan tiempo para nada) me ocupo en atender a las desventuras de un grupo de jóvenes reunidos por la noche en un parque al lado de mi hotel. Y estoy cansado. Nos llevan de prisa de un lugar a otro, como ganado, y por

las noches, después de todo un día pateando sin descanso calles, museos, y catedrales, para enterarme de algo tengo que consultar los folletos que recojo en cada lugar visitado. Eso lo podía haber hecho en mi casa.

Acomodado en la hamaca, con un café sobre la mesilla, creo escuchar la historia de un hombre sentado en el parque. No es de noche, no hay jóvenes entre los árboles, y su voz llega claramente hasta mí. Dice llamarse Borja. Es de una pequeña ciudad, una vez terminado los estudios con buena nota, no encontró trabajo en algo relacionado con lo que había estado preparándose, y pasó a engrosar el ejército de parados. No había donde colocarse, la industria, antes pujante, se estaban cerrando y no aparecía una alternativa que mantuviera el empleo. Se vino a la ciudad, y después de mucho rodar se empleó en una cuadrilla de carga y descarga en la estación del tren. Allí, empujando una carretilla, con cada paquete que depositaba en los vagones, creía que perdía una oportunidad de cambiar de vida, sentía que estaba encadenado a la carretilla que día a día empujaba lubricándola con sudor.

Un día, mientras arrastraba cajas, mirando las etiquetas, sintió el deseo de ser una de ellas y tomar el tren rumbo a uno de aquellos destinos. Aún hoy,



después de tantos años, no entiende cómo pudo terminar en el interior del vagón camuflado entre la carga con destino desconocido, pero le daba igual, cualquiera sería mejor que el de empujar detrás de una carretilla. El final del viaje llegó en plena noche. El tren paró en una vía muerta de la estación. Allí tenía que permanecer hasta que por la mañana bajaran su carga y volviera a tomar una nueva ruta, él conocía bien el funcionamiento de carga y descarga. Tenía que abandonar el tren. Salió a la oscuridad de la noche: ¿Dónde estaba? ¿Qué hacer ahora? No tiene documentación ni dinero y no sabe dónde está. Si alguien le descubre se ve perdido. Anda las vías, entre unos árboles descubre algo que le parece una furgoneta. Con sigilo se acerca, efectivamente era una furgoneta. No había nadie dentro ni por los alrededores. Coge la manivela de la puerta trasera y ésta cede. Abre y se introduce en el interior. Hay un montón de cajas vacías, y se tumba en el suelo. Hasta ahora está teniendo suerte. Vencido por el cansancio y la tensión, se duerme.

El traqueteo y el ruido de un motor le despierta. La furgoneta estaba en marcha. ¿Y ahora qué? No sabe a dónde le llevará este inesperado viaje,

pero como aquello escapa a su control, no puede saltar con el vehículo en marcha, lo deja a la suerte que parece tener desde que inició la huida. La furgoneta se detiene. Se asoma por la ventanilla, están en una gasolinera. El nombre le es desconocido. ¿Dónde está? Prefiere no saberlo, tanto le da un lugar como otro, lo que sí parece es que está lejos de su lugar de origen. Alguien se acerca, la puerta de la furgoneta se entreabre y una mano deposita una bolsa en su interior. Luego ese alguien sube a la cabina, y la furgoneta vuelve a ponerse en marcha. En la bolsa hay comida, Borja, que lleva varias horas sin comer, sacia su hambre con el contenido de la misteriosa bolsa. Apenas una hora más tarde, la furgoneta abandona la carretera, se interna por un camino de tierra, y se detiene en lo que parece una granja. Está asustado. ¿Y ahora qué? Se abre la puerta de la furgoneta y un hombre le hace señas de que salga.

Borja sale. El hombre que está ante él, es ya mayor. La sonrisa que ve en su cara le tranquiliza. Pasea la mirada por el lugar donde han llegado. Efectivamente, aquello es una granja. El hombre le tiende la mano y le señala la entrada en la casa. En ella aparece una mujer, debe ser la granjera.

.- Vamos. No tengas miedo. Dentro de la casa estaremos mejor.

La buena estrella parece que no le ha abandonado. Camina hacia la casa. La mujer, que lleva el delantal recogido en la cintura, amplía la sonrisa de bienvenida.

.- ¡Pasa, pasa muchacho!

Al entrar siente que ha llegado a un lugar seguro. Aquella casa tiene el calor de un hogar. Respira, y teme que va a ponerse a llorar.

.- ¡Siéntate muchacho! ¡Necesitas descansar!

.- En un momento estará la mesa puesta para la comida.

Borja no sabe qué decir. De su boca apenas logra salir un tímido ¡gracias! No sabe a qué lugar ha llegado en su escapada, pero siente que aquella casa, y sus moradores, puede ser un buen principio. Es un lugar escondido en el campo, allí le será fácil pasar desapercibido hasta que decida qué hacer con su vida ahora que ante él hay un mundo nuevo por descubrir. Aquella mujer y aquel hombre están siendo muy amables con él y no cree que estén dispuestos a comunicar a la autoridad su extraña llegada. No tiene documentación ni forma de identificarse.

.- ¡Vamos a comer!

La mesa bien surtida satisface las necesidades de los tres comensales. El granjero sabe que tiene que romper el hielo con el joven que han acogido en su casa, y le explica cómo decidió llevarle en su furgoneta hasta aquel lugar aislado en el centro de un valle:

.- Una vez a la semana, acudo hasta la ciudad a llevar al mercado el producto de nuestra granja. Como no me gusta conducir por la noche, duermo en una pensión, y por la mañana, vuelvo a casa. Esta mañana, al entrar en la furgoneta, advertí tu presencia entre las cajas vacías. Al

momento no supe qué hacer, pero viendo la tranquilidad con que dormías, y no viendo en ti ningún aspecto amenazante, entendí que era una escapada, por la estación merodean muchos jóvenes buscando una oportunidad para alejarse de allí, y que tal vez yo te ayudaba a alejarte del peligro de la policía que te hubiera devuelto a tu lugar de origen, te dejé dormir y enfilé el camino de casa. Y aquí estás.

.- ¡Hiciste bien Lucas! Parece un buen muchacho.

Borja no sabe cómo contar a aquella buena gente los motivos de su decisión. La crisis era conocida y el granjero estaría enterado de los motivos por lo que la gente emigra de aquella parte del país donde el paro afecta a los más jóvenes. Pero alguna explicación tendrá que dar.

.- El querer mejorar las condiciones de mi vida, sin un futuro claro, subí en el tren que me ha llevado hasta la estación y me monté en una furgoneta cerca de las vías, donde usted me descubrió. Llevaba muchas horas en aquel vagón, sin nada que comer, sin documentación, pues fue una decisión no meditada, y sin dinero. Y ahora no sé qué hacer.



Borja lleva reflejado en el rostro la angustia por su situación.

.- Bueno, ahora no te preocupes por eso. Necesitas descansar. Arriba hay una habitación con una buena cama esperándote. Ya tendremos tiempo para pensar en tu futuro. En esta casa puedes estar el tiempo que quieras.

.- ¡Dices bien Lucas! Ahora tiene que dormir un rato. Eso le vendrá bien.

Borja sube las escaleras en busca de la cama prometida. Lo necesita. La dueña de la casa le acompaña para poder asistirle si falta algo para el acomodo de su huésped. No da tiempo a poder notar algo incorrecto, nada más entrar en el dormitorio, se derrumba sobre la cama y queda dormido al instante. La Señora Inés, que es como se llama la granjera, le echa por encima una manta y sale de la habitación. Desde el umbral mira al durmiente, sonríe, y una lágrima resbala por su mejilla. Al salir cierra la puerta.

Una vez abajo se sienta a la mesa donde Lucas está frente a una taza de café. La mujer mira a su marido con insistencia como si quisiera, con su silencio, aparejar sus propios pensamientos con los que sabe que él también tiene en ese momento. El hombre parece buscar en el poso que hay en el fondo de la taza, como hacían los magos antiguos, una respuesta a su interrogante. Tras una pausa, la mujer rompe el silencio:

.- ¿Tú crees que él aceptará?

El hombre sabe a qué se refiere su mujer.

- .- ¡No sé! Tal vez.
- .- Él no tiene nada, ni a nadie. Aquí puede tener una familia que le ampare.
- .- Pero no sabemos si él ha abandonado su casa para quedarse en un lugar apartado como este... Tal vez quiera algo más.
- .- Pero es muy joven. Con el tiempo, si no le basta con esto, puede marchar en busca de otro lugar mejor.
- .- ¡No sé! ¡No sé!
- .- Con proponérselo no perdemos nada. Esta casa está tan vacía desde que nuestro hijo nos dejó...
- .- Ese vacío es muy difícil de llenar.
- .- Tenemos el corazón y el rostro esculpidos por la tristeza. Nos hace falta un poco de aire joven.
- .- ¡No sé! ¡No sé!
- La pareja busca sus manos para encontrar en ese contacto la fuerza que necesitan para afrontar lo que puede ser una nueva etapa en sus vidas.
- .- ¡Sí Lucas! ¡Sí!

Me remuevo en mi hamaca. La noche está avanzada y allá abajo, en el parque, ya no hay luz, y la verja está cerrada. Dentro no debe de haber nadie, si acaso algún indigente que pasará la noche durmiendo encima de algún banco. El guarda lo sabe, les conoce, y les deja tranquilos. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿A dónde pueden ir aquellos desventurados? Creo que entraré en la habitación, aquí en la terraza tampoco se estará mal para dormir, pero yo soy de cama. Mañana no puedo excusar tomar el autobús en busca de museos, catedrales, y demás lugares de interés turístico. Ya solo queda visitar un par de ciudades más, y luego el regreso a casa.

Acostado en la cama, a través del ventanal, puedo ver un cielo lleno de luciérnagas que me hacen guiños. Tal vez se sienten cómplices de mis deseos que casi parecen sueños. Quiero pensar, lo deseo, que los protagonistas de estas pequeñas aventuras que acabo de imaginar, son todos y cada uno de los jóvenes que hacen proyectos en cualquier parque para marchar en busca de un lugar mejor para vivir, y que todos tengan un final bueno, y aquellos que confiesan, en una carta anónima, su fracaso, sea tan solo el resultado de una mal momento, de un bajón. Sé que es difícil, casi imposible, pero en mi ingenuidad, y como uno de esos jóvenes que fui, quiero que sea así. Mañana, sentado en la hamaca del cualquier otro hotel, seguiré hilvanando aventuras en un infantil empeño de redimir a personas que se encuentran perdidas en un laberinto de frustraciones.

¡Buenas noches!

Emilio MARÍN TORTOSA

*Continuará*